

XIX.

Aquella mañana había llegado un convoy de provisiones de Guerrero, escoltado por un pelotón del 5º Regimiento.

Gran cantidad de harina, algunos botes de petróleo y diez cajas de parque constituían estas.

El teniente de la escolta traía instrucciones por escrito, del general Marquez, que permanecía en Guerrero á la expectativa de los sucesos.

Aprovechando el envío de este convoy no había faltado quien fletara algunas mulas cargadas con barriles de sotol, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café.

Desde la salida de Guerrero hasta entonces, no se había dejado de pagar su sueldo íntegro á la tropa, y como no había en que gastarlo, todos se encontraban provistos de dinero.

No era nada extraño, pues, que el campamento, en toda la extensión de la prolongada meseta del cerro, presentara un inusitado aspecto de alegría, un desbordamiento de entusiasmo palpitante en forma de un gran murmullo que se alzaba sordamente en el ambiente fresco y claro de la hermosa mañana.

Cuando la compañía que llegaba de hacer las honras fúnebres á su capitán, estuvo en su lugar en el campamento, un oficial mandó formar pabellones de armas y después por lista se repartió harina, raciones de carne y se

ministró el *haber* en sucios billetes de los Bancos de Chihuahua.

Nombrada una pequeña guardia, al resto de la tropa se le mandó *romper filas* y soldados y oficiales se dispersaron con gran algazara.

Bien se conocía que ya el sotol había empezado á circular, pues los rostros antes fatigados y serios, estaban radiantes, los gritos se multiplicaban y soldados de todos los cuerpos, soldaderas, paisanos, auxiliares de Sonora y de Chihuahua, con sus pantalones azules y en los sombreros flotando la característica cinta roja, iban y venían en todas direcciones, gesticulando muy animados.

Cerca de la tienda de campaña del general—única del campamento—en el espacio comprendido entre tres pinos chaparrones, estaba la instalación de los efectos llegados en la mañana.

Se había improvisado un mostrador con viejos tablones, subidos con gran trabajo, tras de el que los aventureros, pobres diablos que acompañaban á la fuerza, como ciertas aves al olfatear los cadáveres, no daban abasto á despachar á la compacta muchedumbre de soldados que se agrupaba, gritando y vociferando.

Codeandose, empujandose, disputando con palabras crudas, lograban los mas listos abrirse paso, provistos de botellas, jarros, ánforas y *dama-juanas*,—ávidos de alcohol, después de una abstinencia de una semana.

Los barriles de *sotol* se vaciaban como si se les desfondara de un golpe; las pilas de cigarros disminuían; los cartuchos de café *torrificado* volaban; desgranabanse las cadenas de chorizos en tanto que una multitud de manos sucias dejaba caer una verdadera lluvia de papeles azules y

verdes entre un griterío y una barahunda de todos los diablos.

Por supuesto que todo se vendía carísimo—un real las cajas de cigarros, un real cada chorizo y siete reales el cuartillo de sotol—y sin embargo parecía que todo se regalaba: tal furia había por ser despachados antes que se agotara todo.

—¡Hé—hè... ábranse... àbranse con un canasto!—gritaba Castorena, dando de patadas brutalmente y á diestro y siniestro, para abrirse paso—Venga Vd. mi teniente, àndale Mercado.

Castorena, Miguel y el teniente Torrea, llegaron hasta el tablón del mostrador, después que el grupo se abrió respetuosamente.

El poetastro llevaba un enorme botellón; habían resuelto los tres oficiales almorzar juntos una gallina comprada à una vieja, carne con papas, frijoles con chile, gordas de harina y café con sotol.

—¡Un verdadero banquete!

—Mira, le dijo á Miguel, *eso es lo mas sugestivo*, como diría un filosofo moderno—y señaló los barriles de sotol.

Llegaron unos *pimas* que subían del valle, iban cargados con santos, *pantaloneas*, enaguas, *abultares* (1) acordeones y otra infinidad de objetos sacados de las casas del extremo del pueblo, casas abandonadas que acababan de incendiarse. Habían subido también algunos asnos y caballos que vagaban azorados.

Castorena compró en cuatro reales un magnífico acorde-

(1) “Abultares” ó “abultadores,” llaman así en Chihuahua à las enaguas interiores que usan las mujeres del pueblo. Mirriñaques.

on. Los tres oficiales con él á la cabeza, con su botellón de sotol y su instrumento musical se alejaron rumbo al lugar en que un cabo les hervía en una gran olla negra, la gallina.

Eran las diez de la mañana y bajo un sol claro y tibio, se extendía el campamento en plena efervescencia, pintoresco y animado. Entre el abigarramiento de los uniformes sucios y desgarrados, aparecía la nota, verde-oscuro de los pinos que bordaban los relieves de la gran meseta, mientras una vaga nube azulada envolvía todo el cerro, à causa del humo de las fogatas; de trecho en trecho, resplandecían al sol los pabellones de armas como gigantes y exóticas azucenas de pétalos de acero.

El enorme murmullo aumentaba, las tristes canciones de los soldados, acompañadas por las notas de las guitarras y acordeones tomochitecos se alzaban entre las voces tipludas de las soldaderas peleando eternamente, y los gritos imperativos de los oficiales dando órdenes en voz alta.

Un estremecimiento de alegría galvánica sacudía de un extremo á otro, el campamento... había que comer y que beber y se tomaba el desquite de las duras jornadas con escaso *rancho*.

Grupos de soldados glotones, rodeaban los puestos de las *viejas*, que freían en grandes cazuelas, carne de puerco, la que chirriaba en un mar de manteca, saturando el aire de un olor apetitoso que hacía escupir á los que esperaban el almuerzo, no sin calmar su impaciencia con enormes tragos de sotol.

Era un magnífico espectáculo; en aquel momento todos se sentían héroes, todos comían, bebían, cantaban ó charlaban contentos y dispuestos á todo.

Ah! pero nadie se acordaba, en aquel abandono de orgía, de los ausentes, de los compañeros abandonados sobre el cerro, los que inmóviles y en trágicas posturas, sangrientos y horribles, yacerían en el Desierto, al lado de las enormes rocas y los altísimos pinos de la Sierra!

No, nadie quería acordarse en ese instante de alegría y excitación, de las oscuras víctimas del deber....

Hasta Miguel se sintió alegre después del copioso almuerzo que hicieron los tres á la sombra de un arbusto, sentados en el suelo á la turca, ó recostados y tendidos como en un banquete de antiguos soldados romanos.

Derepente cundió con la rapidez del rayo una noticia que los hizo levantarse al acabar de tomar el café.

¡El 11º iba á tomar la iglesia en aquel momento!

En efecto, el general Rangel habia hecho tomar el cerro de la Cueva, como cosa indispensable para apoderarse de la iglesia de Tomochic, por hallarse esta completamente al pié de él. Un piquete de nacionales de Sonora lo ocupaba, haciendo fuego incesantemente sobre la torre.

El general en vista de la situación insostenible del enemigo ordenó que ese día el 11º Batallón la tomase, para lo cual debían ocupar primero las casas, que ésta tiene á su frente, para organizar allí faginas provistas de combustible, como rastrojo, ramas secas y paja, y en un momento dado, protegidas por los fuegos de la "Cueva." "La Medrano," y de las mismas casas, debían al paso veloz llegar hasta el átrio, y en la puerta del templo arrojarla ardiendo. El terrible elemento se encargaría del resto de la obra.

Como en la construcción de la iglesia abundaba la madera, obligados los sitiados por el incendio á salir, serían fusilados inmediatamente. Se dió el mando de la fuerza

compuesta de 40 hombres, al capitán 1º Francisco Manzano, quien tomaría sus posiciones en las casas indicadas, esperando que el cañón rompiese su fuego para intentar abrir brecha.

Después de dar un gran rodeo pasando á través de las milpas y tras las asperezas del terreno, la tropa del once, extendida en tiradores, tuvo que atravesar el río; al hacerlo quedaron á descubierto ante la iglesia, y desde las ventanas y arcadas de la torre, mientras los soldados del 11º con el pantalon remangado pasaban el río, una lluvia silvante de plomo cayó sobre ellos, haciendo en menos de tres minutos, cuatro cadáveres y siete heridos; mas después, volviéronse á internar entre los rivazos, las rocas, los grupos de arbustos y extensos sembrados, hasta llegar á las casas abandonadas, muy cerca de la iglesia.

Itan provistos de rastrojo, paja, ramas secas y petróleo, y la tropa estaba muy exitada.

La tropa que ocupaba el cerro de la Cueva, con gran cantidad de combustible y petróleo, debía arrojarlo, favorecida por el viento, en el momento del ataque, cuya señal debía ser un disparo del cañón.

Cuando este á las once de la mañana principió á lanzar sus proyectiles y el corneta de órdenes tocó "fuego," se desprendieron de las casuchas hombres cargados de leña, hachones encendidos y petróleo.

Feróz granizada retronó entónces por donde quiera, contestándose de la torre; pero como á sus ventanillas y azoteas apuntaban los federales para impedir que asomase el enemigo, el fuego de aquella fué lento, y aún así, al llegar al átrio dos ó tres mordieron el polvo.

Grandes llamaradas envolvieron la puerta, y á la igle-

sia toda bien pronto la ocultò negra y espesa nube de humo, entre la que como relámpagos amarillentos brillaban los fognazos; allà en lo alto de la torre entre el estrépito de las descargas, voces estentóreas gritaban:

—Viva el poder de Dios! ¡Viva María Purísima!

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el 11º Batallòn!

respondían abajo los asaltantes repegados á las paredes para no ser tocados por las balas.

Hubo un terrible momento . . . se abrió repentinamente la puerta que empezaba á arder, y carabina en mano, con los rostros ennegrecidos, algunos hombres aparecieron saltando increíblemente por la hoguera en plena inflamación, y descargando su carabina sobre los soldados estupefactos, se lanzaron en vertiginosa carrera fuera del átrio perdiéndose entre las milpas.

Iban á salir otros, pero desprendiéndose ruidosamente de sus viejos goznes, cayó oblicuamente una hoja que obstruyó la entrada como un muro flamígero.

A la expectativa del horrible espectáculo permanecieron desde aquel momento los sitiadores. Ya todo era cuestión de tiempo.

Entonces las fuerzas restantes del campamento lo abandonaron bajando al valle y subiendo al pueblo ocupando las casas adyacentes á la de Cruz, en cuya azotea estaba plantada la bandera con los colores nacionales.

La compañía del 9º, el cuartel general y la pieza se instalaron en la casa de los Medrano, junto al camino real y al pié del cerro de su nombre. Había existido una tienda allí y era la más grande de las de aquel lado. Incendiada el día anterior, el fuego había respetado algunos cuartos y una parte de un portal interior; en la espalda, en la pared

que veía al centro del pueblo se abrieron las claraboyas para observar el *cuartelito* (casa de Cruz) y la iglesia que continuaba ardiendo.

Desde allí Miguel observó el espectáculo del incendio. Las llamas debían haber invadido el interior, pues el humo se escapaba de las ventanas y arcos de la torre, y lo terrible de aquello era, que la mayor parte de las mujeres estaban refugiadas allí. Entonces presenció una cosa siniestra y trágica . . . ¡en lo alto una mujer asomó su cuerpo y con violento impulso se arrojó al abismo!

Era ya demasiado, y el general ordenó á su corneta tocar "alto el fuego," conmovido ante la espantosa escena; pero fué muy tarde porque el incendio había tomado tal incremento que grandes lenguas de fuego levantaron su penacho rojo por encima de la cúspide, y bien pronto vino el desmoronamiento . . . oyóse un ruido tremendo, una detonación sorda y prolongada . . . el techo se desplomó . . . y luego gran parte del cuerpo de la torre vino abajo dando paso á volcánica explosión de chispas y llamas! Todo había terminado, y solo la casa de Cruz con sus tres líneas de aspilleras y su altivo pabellón, flameando en lo alto, desafiaba á las fuerzas tristemente vencedoras.

Segun opinión del general, la toma del *cuartelito* era difícilísima y exigía las mayores precauciones.

Evidentemente que con las fuerzas restantes hubiera podido tomarse, pero hubiera costado mucha sangre, y el general con razón, quería economizarla; prefirió perder algunos días más, y no más hombres.

Aquella casa estaba construida con adobes, pero durísimos, al grado que el cañón á 100 metros no abría brecha; la puerta estaba cerrada á piedra y lodo, y como ya ni un

resto de esperanza de salvación quedaba á los sitiados, deberían como nunca defenderse, vendiendo muy caras sus vidas. Además, era tal la situación de aquel reducto, al cual convergían todas las veredas del pueblo, cuyo centro era, que dominaba todas las vías y campos que á él conducían.

Nacionales de Sonora y de Chihuahua, "Seguridad Pública" y 12 Batallón dieron pequeños puestos avanzados, ocupando las casas que rodeaban el *cuartelito*, formándole un cerco estrecho.

Entre tanto, el templo en ruinas y las otras casas del pueblo continuaban lanzando al cielo azul inmensas espirales de humo, surgiendo de sus escombros, y en la noche tiñeron el horizonte negro, como sangrientos resplandores.

XX.

Al día siguiente, el valle apareció aún más triste y silencioso y el caserío de Tomochic, muerto y en ruinas parecía una inmensa tumba.

Solo en la casa de la "Medrano" ocupada por el Estado Mayor y restos del 9º y 11º batallones estaba animada.

Tras la pared que cercaba el fondo del patio, tres ó cuatro tiradores que se relevaban cada hora permanecían á la expectativa, en tanto que en un rincón y tras enorme boquete, estiraba su cuello, silencioso é inmóvil, el cañoncito Hostkiss asestado sobre su montante de cuatro patas.

A las nueve de la mañana, en el momento en que se repartía á la tropa carne y harina, se presentó un hombre flaco y sucio que había llegado corriendo desde la casa de Cruz.

Era uno de los prisioneros que este tenía encerrados en un casuchón dentro del mismo patio de su casa. Todos los que en él se encontraban habían logrado abrir la puerta; pero nadie se había atrevido á ser el primero en salir, temiendo con razón que les hiciesen fuego de cualquier parte.

El coronel Torres, segundo en jefe, le interrogó á solas ordenando después que se le diese de comer poco á poco y con muchas precauciones, pues hacía muchos días no comían sino maíz crudo.

Con gran sorpresa vieron los tiradores que cercaban el

reducto enemigo, aparecer una mujer á la puerta de él...
 avanzò lentamente, saltó por entre las maderas de la ya destruida empalizada y sin rumbo fijo empezò á vagar entre los sembrados con ademán atònito de loca.

Después se dirigió á la casa de Medrano, tímidamente. El general ordenó que se la respetase.

Cuando un *pima* llegó conduciéndola del brazo, todos se quedaron pasmados ante su cuerpo enclenque y encorbado y su cabeza completamente blanca de canas.

Era una decrepita anciana de ojos vidriosos è inyectados de sangre, vestida con una enagua azul y calzada con viejas *teguas*.

Indudablemente se rendían, pues no podía explicarse que fuese allí, mas que con el carácter de parlamentario aquella vieja que debía ser valerosa por haberse atrevido á salir.

Sin embargo, no era así, y bien pronto se supo que medio loca por la muerte de sus nietos había decidido ir á buscar sus cadáveres y á llevarles alimento á los heridos, muchos tambien hijos y nietos suyos.

Contò tartamudeando, después que comió un plato de sopa que el general le ofreció, que Cruz no la dejaba salir; pero como era la más anciana del pueblo y la que más gente había dado á la causa de Nuestro Señor, el jefe, impotente para detenerla la había dejado salir, encomendándola á la Virgen Santa.

Se trató entonces de que llevase una intimación al enemigo haciéndole comprender lo terrible é irremediable de su situación, siquiera en vista de las mujeres, ancianas y niños, que morían de hambre ó contaminados por la peste que en la casa de Cruz se iniciaba por la putrefacción de

los cadáveres que arrojaban de noche cerca de ella y permanecían insepultos, dando durante el día, un espantoso espectáculo de muerte á las familias amontonadas como un haz de carne viva en aquellas paredes sostenidas por un heroísmo fanático inverosímil.

Comprensible era en efecto la inmensa y desoladora desesperación que habría en aquella casa que debía estar convertida en un hospital, sin médicos, medicinas, ni alimentos... hospital al par que fortaleza que debía ser sepulcro de los que la defendían con el valor inaudito de la fé de los antiguos cruzados, felices con la esperanza luminosa y mística del cielo!

Sí, aquella demencia de fanatismo que se había apoderado furiosamente de aquel Tomochic ignorante, sencillo y heróico, hacía soportar los tremendos horrores de la tragedia del hambre, á sus últimos supervivientes.

Después de mil vacilaciones de la infeliz anciana que temía la cólera del caudillo, quien le había prevenido que jamás tratase nada semejante con los impíos, llevó un pliego firmado por el General Rangel, en que con las mejores razones posibles, se pedía la rendición incondicional de los de Cruz; pero que si se obstinaban en su resistencia, tomaría á sangre y fuego su último reducto, por lo que se le permitía que saliesen las mujeres y niños á los que se tendrían las mayores consideraciones.

A la media hora volvió la anciana con la contestación, en que se negaba enérgicamente á rendirse, negándose tambien á enviar las familias por dudar del cumplimiento de la promesa.

Era en verdad hacer muy poco honor á los sitiadores; mas como se tornó á insistir, sobre todo respecto á la se-

gunda parte, decidióse Cruz á mandar las familias, mientras él y los suyos esperaban la muerte.

.....

.....

Un grupo informe, un montón de enaguas sucias, de harapos desgarrados encubriendo carnes flacas, entre un murmullo sordo de gemidos, toses y sollozos de niños, entró lentamente por la chaparra puerta de la casa, ante la estupefacción de todos los soldados y oficiales que se pusieron en pié para ver aquello tan horrible y consternador.

Ah! con qué profunda emoción presenció Miguel el desfile trágico de los infelices que entraron en sombría procesión.

Nunca había visto ni leído cosa más lúgubre, todos la miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente.

Iba á la cabeza un anciano jorobado de grandes cabellos blancos apoyándose sobre los hombros de una muchachita muy flaca, de rostro lívido, y que llevaba vendada una mano herida por alguna bala perdida. A través del vendaje súcio aparecía una gran mancha negra. Había una anciana que marchaba quejándose lastimosamente con el rostro todo ensangrentada por una herida en la cabeza. Una mujer alta, de grandes ojos negros, muy erguida, llevaba en sus brazos un niño de meses que sollozaba. Algunas jóvenes que se adivinaban bellas marchaban envueltas en mantillas de color, ó cobertores á cuadros rojos y negros. Un niño de seis años cojeaba escurriéndole sangre de las rodillas; en sus ojos había dos lágrimas contenidas por una voluntad poderosa.

Después... era una masa confusa de cuerpos raquítricos y rostros huraños, de ojos negros, de miradas febriles

y relampagueantes sobre la lividez de flacas y rugosas mejillas.

Y cerrando esta procesión de desgraciadas que abandonaban los seres queridos que aún les vivían, este rebaño de viudas y huérfanas, este montón de humano infortunio, marchaba lentamente la anciana emisaria, la vieja tartamuda que había dado tanta gente á Cruz.

¡Y considerar que aquel centenar de náufragos y de parias no eran todos los que había; que allá en la casa de Cruz habían quedado algunas mujeres obstinadas, las que aún tenían vivos á sus hijos y esposos!

Instantáneamente Miguel pensó en Julia ¿iría con aquellas infelices? ¿viviría aún?... Intentó observar los rostros de las mujeres; experimentando profunda amargura y oprimiéndosele el corazón con el vago temor de descubrir entre ellas el ser tan simpático y desgraciado que había conocido en Guerrero.

Pero la mayor parte llevaban los rostros cubiertos con abrigo ó girones de mantillas, y bien pronto desaparecieron por el fondo de un portal.

En él había una gran pieza vacía que servía antes de troge á los Medrano. En ella penetraron.

Notó Miguel una lágrima en los ojos del general, que no pudo articular una palabra, indicándole solo con el gesto al Doctor Arellano, que se hallaba á su lado, que entrase para cuidar los heridos.

Les llevaron harina, carne y papas, y se abrió apresuradamente el botiquín para proceder á las primeras curaciones.

Los soldados agrupados, desde lejos contemplaban, mudos, el interior de la pieza de la que salía un fatídico ru-

mor de lamentos, quejidos de niño y toces enfermizas. Aquello desgarraba el alma!

En la puerta se apostó un centinela con la consigna de no dejar pasar á nadie, ni aún á los oficiales.

Ya muy poco faltaba que hacer para acabar con los tenaces enemigos que quedaban en su cuartel decididos á morir allí, altaneros, indomables, desafiando á los federales que no se atrevían á emprender el último asalto; la única señal de vida que daban era aquella bandera que flotaba al viento con sus tres colores que salpicaban con un tono alegre el sombrío panorama. Ya no hacían fuego desde sus aspilleras, ya no gritaban, y era profundamente triste aquella calma silenciosa que se extendía por el valle desierto.

Los ganados abandonados así mismos habían huido por las montañas de la sierra y solamente los cerdos azorados, vagaban gruñendo, y entraban y salían por entre los escombros de las casas, poniendo en fuga las gallinas y devorando hambrientos los cadáveres.

El general comprendía que en la noche deberían los sitiados hacer salidas para recoger maíz, patatas y frijol que producían mucho aquellos terrenos, y á proveerse de agua del río y trató de empezar á impedirlo.

Mandó que toda la fuerza se dividiese en guerrillas, que se extendieran en la noche al rededor de la casa del enemigo, ocupando las que estaban cerca, con el objeto de vigilar é impedir cualquier salida. Cada fracción de aquellas, al mando de un oficial, llevaría un corneta para que contestase la contraseña cuando del cuartel general *corrieran la palabra*, y para impedir cualquier confusión con los nacionales de Sonora ó Chihuahua, que no debían tener

lugar fijo sino marchar vivamente por donde se ordenara, debían contestar con determinada palabra para ser reconocidos cuando estos se acercaran con cualquier motivo, á los puestos sitiadores.

A las seis de la tarde, puesto ya el sol, en la semi-oscuridad de la noche entrante, partieron á los puntos designados de antemano las fracciones nombradas, marchando en orden disperso, agazapándose tras los relieves del terreno y tomando grandes precauciones para no ser vistos del enemigo que seguía silencioso en su fortaleza, cuya masa se delineaba confusamente en la penumbra.

A las ocho de la noche, rompiendo el vasto silencio con penetrantes notas, resonó en el centro del valle el toque de, *atención, parte y diana*, y no bien se había extinguido la última parte de esta cuando allá, en el extremo del cerro de la Medrano, vibró contestado este toque, al par que también el puesto del cerro de la Cueva lo repetía. En seguida vibraron á un tiempo los mismos toques en todos los puestos del valle, produciendo extraña y fantástica sinfonía que los ecos de la Sierra repitieron y multiplicaron hasta perderse en las vastas lejanías, en un vago y melancólico *decrecendo*.

Hacía un frío intenso y Miguel, taciturno, en pié, envuelto en su capote; apostado tras una cerca de un casuchon derruido, contemplaba á su frente, como á unos veinte metros, las negras paredes de la casa de Cruz. Un trozo de luna iluminando el horizonte con lívida claridad, daba un tinte de extrema melancolía al paisaje.

Sentía renacer en su alma la tristeza incomprensible que constituía el fondo de su carácter. Pensó en su madre desgraciada, en su pasado sin una sola alegría, sin un a-

mor; en su porvenir destruido; en la fatalidad sombría de su destino.

¿Era posible que aquellos obsecados que velaban esperando la muerte, y tras ella la vida eterna en el paraíso, fuesen más felices que él que vivía sin esperanza, abatido, viéndolo todo tras un prisma negro?... ¡Ah! ¡y Julia? aquella mujercita tan viva, tan linda, la de ojos oscuros, tan expresivos, tan melancólicos!

En unas cuantas palabras había adivinado una historia dolorosa soportada con dulce resignación, con la sonrisa beatífica del mártir que entreve el cielo! ¡Con estremecimiento de indignación recordaba la incalificable abyección suya de poseerla en un momento de embriaguez, cediendo á los impulsos de bestia, que como una invasión de demencia lo arrebatában en las horas de orgía!

Ella había consentido como cosa inevitable, como resignada á las brutalidades del macho, y experimentando, ante la juventud de Miguel, las primeras voluptuosidades del amor, en el despertamiento de su adolescencia....

Derepente tornó á desgarrar el silencio de la noche, el toque de *atención parte y diana*, cuyas notas metálicas resonaban en un coro gigantesco y fantástico de cornetas marciales.... "atención parte y diana," iba repitiendo cada corneta hasta llegar al del último puesto, allá en la iglesia humeante.... después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría á llevar sus acentos á aquel puñado de sublimes fanáticos que repetían en el siglo diez y nueve las legendarias escenas inmortalizadas por la poesía épica!

El jóven oficial se estremeció nerviosamente cuando el

muchachon que llevaba como corneta de órdenes se incorporó y con el rostro hácia el cuartel general, dió al viento la contestación del toque que significaba el alerta de los puestos.

Después Miguel tornó á su meditación, paseando á la claridad de la luna en creciente que estaba ya para ocultarse tras el lomo enorme de una montaña.

¡Julia!... ¿estaba positivamente enamorado de ella ó era el sentimiento que experimentaba, una reacción de su naturaleza, una neurosis que ocasionaba en él el prestigio del infortunio y el atractivo de la desgracia en una mujer jóven, resignada dulcemente á su martirio fatal?

¡Quien sabe, quien sabe, el hecho era que pensaba en ella, que se desesperaba de no haber podido interrogar y mirar detenidamente á las mujeres llegadas esa mañana.

Cuando pasaron ante él no la había visto, pero bien podía haber pasado sin conocerla.... y Miguel en aquellas cavilaciones, ya sentado, ya paseándose, pasó gran parte de la noche, oyendo cada cinco minutos aquel toque repetido tristemente en el silencio, con intervalos regulares, como los golpes de ingente y formidable péndulo.